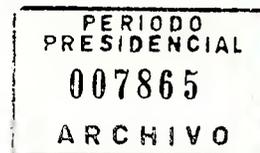


PAC.



La Familia Demócrata Cristiana Proclama a Frei
(discurso de aceptación)

Camaradas:

Acudo a este acto en que ustedes proclaman mi candidatura a la Presidencia de la República, profundamente conmovido.

Lo hago con la humildad de quién no tiene otro título que ser un servidor de un ideal compartido, forjado hace más de 50 años por un puñado de jóvenes que se rebeló contra los estrechos márgenes de su tiempo.

A ese sueño colectivo lo alimentaron y fortalecieron las cualidades políticas, morales y espirituales de muchos otros que les sucedieron, generación tras generación, hasta hacerse carne en el pueblo chileno y muy en especial en los jóvenes y los más desposeídos.

Asumo esta tarea atravesado por muy hondos sentimientos de gratitud hacia todos ustedes, que han depositado en mi su confianza y que han creído que puedo ser la persona que los represente, encabezando la tarea noble y maravillosa de prolongar la vigencia de nuestros ideales.

Recibo este mandato que ustedes me confieren con el compromiso de continuar siendo una fuerza política marcada por un auténtico espíritu de servicio. Que vea en la política no la simple administración de las cosas, sino el lugar donde encuentran su cauce eficaz de expresión los sueños compartidos destinados a la construcción de un mundo nuevo, más justo y solidario con todos los hombres y mujeres de esta tierra. Más respetuoso de la naturaleza. Más abierto al mundo. Comprometido con el dolor y las angustias de aquéllos millones de hermanos nuestros que luchan cada día, a veces de manera infructuosa, por llevar un poco más de bienestar a sus hogares y una esperanza de educación, salud y vivienda para sus familias, tantas veces acosadas por la escasez, la inseguridad y la miseria.

Con esta proclamación, que celebra la voluntad unitaria y decidida de nuestro partido, inciamos una etapa más de un camino político que habrá de llevar a un hombre de la Concertación -y, desde nuestro punto de vista, un hombre de la Democracia Cristiana- a encabezar el próximo Gobierno.

En este espíritu y con fé inquebrantable en el futuro de Chile y de su pueblo,

VENGO EN ACEPTAR ESTE GRAN HONOR QUE HOY RECAE SOBRE MI, DE REPRESENTAR A NUESTRO PARTIDO Y SERVIR A LA PATRIA DESDE LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA.

La Democracia Cristiana

Estimo que la alternativa que proponemos al país deberá asentarse en tres realidades de la mayor importancia nacional, que son nuestro partido, el gobierno y la Concertación.

Concebimos a los partidos como instrumentos políticos al servicio de nuestra nación y nuestra gente.

En la vida moderna, no hay democracia sin partidos. Para ser más franco y directo, no hay democracia que funcione sin partidos a los que muevan, por una parte, ideas y programas coherentes y, por otra, compromisos éticos profundos y definidos.

Hoy, al momento de pensar en el próximo Gobierno, es la oportunidad, una vez más, como Democracia Cristiana, de ratificar ese compromiso de servicio, de fuerza y coherencia en las ideas, y de rectitud moral para practicar aquello que nos enseñaron nuestros fundadores en el sentido de que hay una escala de valores que pone primero el interés de Chile, luego el del partido y, finalmente, los intereses de sus militantes.

Este es un tiempo de grandeza y, por tanto, de pensar que no nacimos a la vida pública para luchar por conquistar y mantener el poder sino por llevar adelante el compromiso de cambiar el mundo en que nos tocaba vivir.

Como movimiento de inspiración humanista y cristiana, afirmamos desde el primer día que el fundamento de nuestra acción política estaba dado por el respeto a la dignidad de la persona humana, desde el momento de la concepción hasta la muerte. Proclamamos la dignidad del trabajo y el trabajador. Nos comprometimos a respetar y proteger la familia como el núcleo fundamental de la sociedad y a desarrollar las organizaciones comunitarias que sirven a hombres y mujeres para conquistar nuevos y mayores espacios de libertad y dignidad.

Consideramos, desde siempre, que la política sólo podía entenderse como indisolublemente ligada a la ética; que en ella tanto los fines como los medios debían ser nobles y congruentes entre sí, y que debía rechazarse tanto el maquiavelismo como el oportunismo.

A partir de esos valores y no obstante las fallas propias de toda empresa humana, la Democracia Cristiana ha procurado ser un partido capaz de tener respuestas adecuadas a los nuevos desafíos que cada día nos va planteando el mundo moderno, con su desarrollo vertiginoso.

En ese sentido, somos un partido marcado desde el primer día por el signo del cambio, dispuestos a luchar porque cada día hagamos avanzar un paso más la causa de la justicia, la libertad, el progreso y la fuerza material de nuestra nación.

Hoy estamos dispuestos, una vez más, a llevar adelante ese compromiso de vida y de acción. Un partido así inspirado es, ciertamente, un gran fundamento para un proyecto nacional como el que queremos llevar adelante. Y hoy día, con emoción y respeto, recordamos a aquellos viejos fundadores de la Falange Nacional que nos abrieron una oportunidad. Hoy día los recordamos que emoción y recogimiento.

El Gobierno

Al pensar en el próximo gobierno debemos ser claros en el sentido que el fundamento de nuestra opción presidencial está dado por el propósito de dar proyección al actual gobierno del Presidente Patricio Aylwin.

Razones tenemos de sobra para reiterar, una vez más, este compromiso de lealtad.

De partida, queremos continuidad porque no sólo nosotros, sus partidarios, sino incluso muchos de sus opositores, se muestran admirados por la enorme tarea realizada.

En lo político, se trata de una transición ejemplar, que concita la admiración de amigos y adversarios, de nacionales y extranjeros.

De los pasados abusos en materia de derechos humanos se avanza no sólo en el plano de la verdad sino también en el de la justicia.

En lo económico, este año será el de más notable desempeño en muchas décadas.

En lo social, se va pagando la enorme deuda heredada, cierto que parcialmente, pero a un ritmo acelerado.

En infraestructura, el deterioro acumulado durante 17 años se revierte; se extienden las carreteras y dobles vías y se construyen puentes, embalses, puertos y aeropuertos.

En materia de realizaciones podríamos, en verdad, hacer una lista interminable.

Pero, no es sólo por las realizaciones que reclamamos continuidad. Lo hacemos, también, en nombre de un nuevo tipo de política, a partir de las fecundas lecciones que hemos aprendido de nuestro pasado democrático.

El pueblo chileno no quiere más políticos y partidos que elijan a presidentes para luego abandonarlos, dificultar su obra o, peor aún, hacerles la más dolorosa de las oposiciones, que es aquella que se hace desde dentro.

En ese sentido, el Presidente Aylwin puede estar seguro que contará hasta el último día de su gobierno con el apoyo irrestricto de nuestro partido. Que no habrá en nuestras filas sectores que

dificulten su tarea y, mucho menos, cálculos o estrategias para marcar diferencias o reservas con lo que ha sido su gestión.

Queremos continuidad porque Chile, en el pasado, se caracterizó por la incapacidad para que los gobiernos tuvieran sucesores comprometidos con la proyección de su obra.

Ello fue tan marcado que de todos los presidentes bajo la Constitución de 1925, salvo los dos que murieron en el ejercicio de su cargo, ninguno pudo proyectarse en la administración siguiente y todos entregaron el poder a sus adversarios.

Eso también lo queremos cambiar. Tenemos hoy, como nunca en los últimos 60 años, la posibilidad de dar continuidad a la obra notable de un gobierno, dando seguridad al país, estabilidad a las políticas y un signo claro de responsabilidad en la conducción de la nación.

Queremos continuidad porque nos interesa que no se pierda un sólo mes de acción del gobierno. Queremos evitar que, en la medida que se acercan las elecciones, las grandes decisiones del gobierno y del sector privado se posterguen porque no es clara la permanencia de las ideas y directrices generales que inspiran al gobierno que termina.

Pero, y de modo muy importante, queremos continuidad como un testimonio de lealtad hacia un hombre noble, que le ha dado liderazgo a nuestro país, encausándolo por un camino de reconciliación y progreso.

La Concertación

La tercera gran base sobre la cuál construir el tiempo por venir, es la mantención y proyección de la Concertación.

Creo que el peor error de apreciación que podríamos cometer en estos días, es mirar a la Concertación como un pacto electoral similar a los muchos que cada día tienen lugar en las diversas democracias de América Latina y el Viejo Mundo.

Eso sería mirar muy en menos a lo que es uno de los procesos políticos más notables que Chile haya conocido en su historia de este siglo.

Es cierto que la Concertación ha tenido singular eficacia para conquistar resonantes victorias electorales, como han sido el plebiscito del 5 de Octubre de 1988, las elecciones presidencial y parlamentaria de 1989 y, durante este año, la elección de concejales.

Pero, la Concertación es mucho más que eso.

Ella es, antes que nada, una afirmación de valores, un aprendizaje de nuestra historia hecho a partir de las causas que llevaron a la destrucción de nuestra democracia en 1973 y de la dura experiencia que le continuó por 17 años.

La Concertación es la convergencia de unos partidos que, cansados de sus luchas sectarias y de la política como práctica de la intransigencia, acuerdan abrazar, juntos, la causa de la tolerancia, de la amistad cívica, de la colaboración y el respeto en nombre de valores superiores que trascienden el marco de ellos mismos.

La Concertación nace de la conciencia de nuestras limitaciones como partidos que, aislados, no podemos impulsar tareas que requieren la suma de muchos otros.

Gobiernos de minoría no construyen democracias estables. Tampoco gobiernos minoritarios pueden abordar la enorme tarea de derrotar la injusticia, o de aislar a los enemigos de la democracia y la libertad, o de acometer grandes tareas y desafíos como derrotar la pobreza y terminar con la marginalidad.

Por eso, la Concertación no es un acuerdo táctico ni un arreglo meramente electoral. Es algo mucho más importante y trascendente: es una alianza histórica de cuya mantención depende la solidez de las instituciones, el progreso democrático y las aspiraciones de los postergados de esta tierra que claman por justicia y oportunidades.

Porque ello es así, no podemos discutir, como a veces lo hacemos -y en esto no hago crítica a nadie, ni a ningún partido- en términos de candidatos más o candidatos menos, de más diputados o de menos senadores, de cuotas de poder, porque ello es empequeñecer lo grande que hemos hecho. Es reducir a intereses y cálculos menores lo que hoy es el ideal, el sueño y la gran aspiración de la mayoría de los chilenos.

Nuestra responsabilidad como partido y como dirigentes democráticos es escuchar el clamor de nuestras bases y del pueblo al que servimos y nos debemos.

Ese pueblo, constituido por muchos que viven en la privación y a veces en la miseria, mira a la Concertación como la garantía de su estabilidad y progreso, como una luz de esperanza después de años en que no tuvieron ninguna.

La política no es ni puede ser un permanente compás de espera y va llegando la hora de demostrarle al país que somos capaces de los grandes acuerdos, más allá de los legítimos intereses partidarios y aspiraciones personales que se dan al interior de nuestra alianza

de gobierno.

Ese es mi llamado, porque esa es mi convicción más profunda y tras su consecución empeñaré todas mis fuerzas y energías..

El Futuro

El desafío que tenemos por delante, hacia el próximo periodo presidencial, es fascinante y consiste, ni más ni menos, que en construir juntos un país de iguales oportunidades para todos.

Se trata de un sueño posible, entre otras cosas porque el Gobierno de la Concertación ha colocado los cimientos sobre los cuales poder construir un país moderno, plenamente democrático, capaz de ofrecer a todos nuestros compatriotas, sin exclusiones de ningún tipo, acceso a verdaderas oportunidades de progreso y realización personal.

Hoy podemos, responsablemente, plantearnos el desafío de que al iniciar el próximo siglo, habremos sido capaces de erradicar la extrema pobreza, dotado a nuestros jóvenes de empleos productivos y remuneraciones dignas, y mejorado sustancialmente la calidad de vida de los chilenos, los que podrán gozar libre y tranquilamente del fruto de su propio esfuerzo.

La lucha contra la pobreza, que constituye la base para afianzar el crecimiento y la democracia, debe ser el gran signo distintivo del próximo Gobierno de la Concertación.

Dicho objetivo es un imperativo ético a la vez que una exigencia de justicia. Por lo mismo, debe traducirse en una acción eficaz. Es también una condición de estabilidad política y paz social. No habrá una verdadera democracia en Chile si no somos capaces de hacer todo lo que esté de nuestra parte para derrotar la pobreza.

Lo anterior requiere que los trabajadores sean respetados en su dignidad y derechos, y que opere un verdadero cambio de mentalidad al interior de la empresa, centrado en el valor del trabajo y en el aporte creativo y mancomunado de empresarios y trabajadores.

En cuanto a los jóvenes, digámoslo con sinceridad: mucho hablamos de ellos, pero hemos demostrado poca capacidad para escucharlos; para saber de sus problemas y aspiraciones; de las realidades que les toca vivir, así como de sus sueños y frustraciones.

Los jóvenes no quieren que sus espacios y posibilidades sean definidos por otros. Ellos quieren realizar su propio aporte, como lo han venido haciendo, por lo demás, en los últimos años.

Ya es hora que dejemos de hablar sobre los jóvenes y que comencemos a escucharlos. Que dejemos de dictarles lo que tienen que hacer y que recojamos su modo auténtico de plantear las cosas.

Los jóvenes no piden lo imposible. Sus demandas y aspiraciones son justas y razonables. Desean un trabajo digno y bien remunerado y la posibilidad de formar una familia. Reclaman mayores espacios de libertad y son partidarios del cambio.

Mi compromiso con los jóvenes es una invitación a ensanchar los estrechos márgenes de nuestro tiempo, sin perder de vista que la política no es sólo el arte de lo posible sino también, y de manera muy especial, el arte de ampliar los límites de lo posible.

Llamo a la juventud de mi Patria a tener un gran proyecto de país. Una casa no se construye sin un plan o un proyecto. Hagamos juntos un proyecto del país en que queremos vivir. Los llamo a soñar nuestro mañana. Cuando un joven sueña en solitario, su sueño puede ser sólo fruto de su fantasía. Pero cuando es una generación la que sueña su destino, ese sueño puede estar al borde de convertirse en realidad.

Es esa mi invitación a los jóvenes de Chile.

Un tercer desafío consiste en mejorar sustancialmente la calidad de vida de los chilenos.

Lo anterior dice relación, no tan sólo con nuestro bienestar material sino, en un sentido amplio, con nuestra dignidad como personas y nuestro ser como nación.

Es desde esa perspectiva que debemos encarar el desafío de la cultura y la modernidad, y preguntarnos acerca de qué proyecto de modernidad se aviene más con nuestra identidad cultural.

Sólo un pueblo que es consciente de su cultura y de sus factores de identidad, puede acometer con buen éxito los desafíos de la modernidad. Nuestro sí a la modernidad, en las postrimerías del siglo XX y los umbrales del siglo XXI, es rotundo y claro, pero teniendo siempre presente, como cuestión fundamental, que la persona humana está en el centro de las cosas y que la identidad de un pueblo no es un rótulo superficial o un bien desechable, sino aquello que define su ser y su personalidad, más íntima y más profunda.

Finalmente, velar por la calidad de vida de nuestros compatriotas consiste también en ser capaces de garantizar la seguridad ciudadana. Poder salir y llegar a nuestros hogares sin temor, pasear tranquilamente por calles y parques, poder disfrutar de los bienes que legítimamente hemos adquirido.

Significa poder habitar un barrio y una ciudad construidos a escala humana, sintiéndonos parte de una comunidad viva, que se desarrolla en todos sus aspectos, social y culturalmente, garantizando el acceso al deporte y la recreación, con respeto y cuidado por los niños y los ancianos.

Garantizar la calidad de vida significa, finalmente, gozar de nuestra naturaleza, vivir en un medio ambiente sano, libre de toda forma de contaminación.

CHILENAS Y CHILENOS:

La magnitud del desafío planteado exige de una clara voluntad política y de la capacidad para articular un proyecto común de país, capaz de movilizar las energías, la iniciativa creadora y el esfuerzo de todos los chilenos.

Este esfuerzo, para que sea fecundo, debe basarse fundamentalmente en la cooperación como mecanismo privilegiado de relación entre los distintos sectores de la vida nacional.

Privilegiar la cooperación significa ser capaces de construir una alianza sólida y duradera, entre gobierno, empresarios y trabajadores, civiles y militares, intelectuales, científicos, profesionales y técnicos, y demás actores sociales, para juntos hacer realidad este proyecto común.

Ello implica, de manera muy fundamental, potenciar el crecimiento y asegurar que sus beneficios se distribuyan equitativamente.

Significa aumentar y utilizar más eficientemente todas nuestras capacidades y talentos, particularmente las de tantos jóvenes que se sienten frustrados y que no vislumbran un futuro esperanzador.

Educación y capacitación para el trabajo y para el desarrollo de la capacidad de emprender, son ingredientes fundamentales de este esfuerzo.

Invertir en la gente es abrir el camino hacia un futuro mejor, más humano, más libre y más solidario.

Ello significa acceso a la educación y la capacitación; al crédito, para adquirir la vivienda familiar y las herramientas y equipos necesarios para aumentar y mejorar la producción; a la asistencia técnica y de gestión, especialmente para los micro, pequeños y medianos empresarios; a la salud, para poder utilizar mejor nuestras capacidades individuales, y también, de manera muy importante, acceso a la justicia, para poder defender los derechos de cada cuál y facilitar la resolución oportuna, pacífica y adecuada de los conflictos.

Invertir en educación y capacitación, en desarrollo empresarial, salud y justicia es apostar a nosotros mismos; es apostar a la gente; es apostar al futuro.

Lo digo responsablemente. Construir el Chile que queremos es hoy una tarea posible, pero que requiere del aporte y la participación activa y responsable de todos los chilenos.

Es esa la verdadera democracia a la que aspiramos. Una democracia que asegure la plena ciudadanía, política y social, en un país donde no haya personas de primera y segunda categoría.

Para ello, es imprescindible generar estructuras de participación y co-responsabilidad que permitan al ciudadano ser escuchado, ejercer sus derechos y colaborar en la solución de sus problemas.

Es necesario que todos nos sintamos partícipes de la democracia; una democracia viva, que se haga carne en la gente, que exprese la rica diversidad del cuerpo social y político, como fuente de creatividad y progreso.

En definitiva, la apuesta por la democracia y la participación es una apuesta por la gente.

La gente no sólo sabe, mejor que nadie, cuáles son sus problemas. También sabe cómo resolverlos. No quiere dádivas ni regalos, ni que se le den las soluciones desde arriba o desde afuera.

Quiere ser tomada en cuenta y participar ella misma, con su fuerza creadora, en la solución de sus problemas y la realización de sus aspiraciones y demandas más legítimas y sentidas.

La participación de la comunidad habrá de ser el signo distintivo del próximo gobierno y la columna vertebral de toda nuestra política social.

Crecimiento sustentable, con equidad y participación: es esa nuestra propuesta para el próximo tiempo.

Muy queridas amigas y amigos:

Todo lo que soy en política, de lo que he hecho un compromiso de vida y una vocación que va más allá de cualquier interés personal o cálculo de poder, se lo debo a mi familia y a mi partido.

Me quisiera detener un instante en el tema de la familia. Tenemos urgencia por fortalecer a la familia. Una familia sin trabajo tiende a deshacerse, una familia sin hogar no es valorada en su dignidad, una familia donde falta la salud vive en la inseguridad y el desaliento, una familia donde falta el pan vive en la angustia permanente frente al mañana, una familia que no accede a la educación no mira con esperanza su futuro, una familia donde no hay un lugar para el descanso y el diálogo tranquilo, poco a poco se va destruyendo.

Hablo de mi propia experiencia humana. Dios quiso que naciera en una familia donde había respeto y cariño, ella me ha marcado muy profundamente a lo largo de mi vida. También quiso que construyera mi propia familia que ha sido un apoyo indispensable en todas mis actividades. Creo que en Chile necesitamos fortalecer los vínculos familiares y, desde ya mi compromiso de hacer todos los esfuerzos para que la familia chilena pueda vivir en mayor armonía y en mayor unidad.

También me debo a mi país, con cuya historia se confunde mi propia historia.

Pido a Dios que me acompañe en esta hermosa tarea, que no tiene otro propósito que servir a Chile y su gente, y muy en especial a los más jóvenes y los más desposeídos de nuestra tierra.

Pocas veces en su historia nuestro país ha tenido la oportunidad de hacer posible este sueño compartido.

Nuestra invitación es a construir juntos un país de iguales oportunidades para todos.

En esta tarea, a nuestro partido demócrata cristiano le cabe un papel fundamental.

Así como en 1964 convocamos al país a construir la PATRIA JOVEN, bajo el gobierno del Presidente Frei;

Así como en 1989 llamamos a construir la PATRIA JUSTA Y BUENA PARA TODOS, bajo el gobierno del Presidente Aylwin;

Así también, en 1993, queremos convocar a todos nuestros compatriotas a construir la PATRIA NUEVA, que será la Patria de los jóvenes, porque a ellos pertenece el siglo XXI.

Esta tarea que hoy asumimos no es la tarea de un hombre solo, es la tarea de muchos y, en esta solemne ocasión, quisiera hacer un llamado muy especial a todos los chilenos.

Invitar a los jóvenes y decirles: Joven chileno ven y acompañame en esta hermosa tarea que significa construir un sueño de país.

A los profesionales, técnicos y empresarios, decirles también: ven y acompañame con tu creatividad, con tu empuje, con tu solidaridad, con tu inversión para seguir construyendo este país.

Ven campesino chileno, aquel que ayer le dimos dignidad, te invitamos a mantener tu apego a lo rural y no desarraigarte, junto a tu familia, del campo.

LLamamos a los pobladores y también les decimos: ven poblador y acompáñame en esta tarea de construir un barrio, una ciudad hermosa para todos los chilenos.

A los trabajadores chilenos, vengan y acompáñenme, con ustedes queremos hacer un nuevo trato en la empresa chilena para que sean respetados y se acepte su creatividad y su aporte.

A la mujer chilena, a la mujer trabajadora, a la mujer dueña de casa, a la mujer dueña de hogar, a la mujer profesional, a la mujer temporera, a ellas les digo: ven mujer chilena, acompáñenme en esta tarea.

Juntos vamos a construir la familia chilena. Juntos vamos a construir un futuro para nuestros hijos. Juntos vamos a construir una patria con amor.

Muchas Gracias.

Eduardo Frei Ruiz-Tagle

Santiago, 13 de Diciembre de 1992